Pedro González-Trevijano

EL PURGATORIO DE LAS IDEAS



Galaxia Gutenberg

PEDRO GONZÁLEZ-TREVIJANO

El purgatorio de las ideas

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre 2016

© Pedro González-Trevijano, 2016
© de las ilustraciones: Jorge Jovino, 2016
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación:
Depósito legal: B. 15651-2016
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-13-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A la memoria de mi padre,
Francisco González Sánchez-Cotta,
testimonio personal de que la verdadera inteligencia,
más allá del regate corto, implica bondad.



«¡Cuidado! No te conviertas en un César, no te tiñas siquiera, porque suele ocurrir. Mantente, por tanto, sencillo, bueno, puro, respetable, sin arrogancia, amigo de lo justo, piadoso, benévolo, afable, firme en el cumplimiento del deber. Lucha por conservarte tal cual la filosofía ha querido hacerte. Respeta a los dioses, ayuda a salvar a los hombres. Breve es la vida. El único fruto de la vida terrena es una piadosa disposición y actos útiles a la comunidad.»

Marco Aurelio

«Todas las buenas máximas están en el mundo; no falta más que aplicarlas.»

Pascal

«Ahora nuestros secretos andan rodando por ahí»

Degas

A modo de introito...
O quizás, de explicación

Esta sopa de letras oculta, tras la pretenciosa fachada del ropaje propio de las máximas y aforismos, un divertimento. Un juego no exento de esfuerzo, es verdad, pero un entretenimiento, a fin de cuentas, lejos de dogmatismos, imposiciones y certezas. No se busque pues un marchamo de irrebatible cientificidad, ni una escrupulosa acomodación a los principios de la epistemología más pura, ni la fría metodología del análisis inductivo. En este cajón atiborrado de saltarinas e inquietas sentencias no caben las verdades absolutas. Hay en él mucho del látigo de la provocación, y hasta de frívola herejía. Un *totum revolutum* en donde conviven, no sin cierto desorden, la reflexión y la experiencia, pero también la ocurrencia y el instinto. Por ello, ni puede, ni quiere, ni debe ser una obra correcta. El mismísimo título del libro, *El purgatorio de las ideas*, evidencia la intencionada huida de un contraste con mayores aspiraciones. Aunque a la postre rezume un inevitable *fumus* moral. La imagen de

lo que, en tanto que hombre (especie) e individuo (género), somos y anhelamos ser. El intruso adoctrinamiento termina por aparecer, aunque sea por la puerta trasera, y erigirse en un personaje de la trama. El sirviente, como en la película de Joseph Losey, se hace el dueño y señor del escenario no pocas veces. La razón la explicitaba Arthur Conan Doyle en boca del sagaz inquilino de *Baker Street 221 B*: «Mientras cada individuo puede ser un enigma insoluble, un conjunto de ellos se comporta con exactitud matemática.»

Por eso, y sin poder renunciar a cierta ética transida de imperativo kantiano, las ideas que se arremolinan en estas páginas por lo que verdaderamente pugnan es por superar el descarnado juicio de Rousseau *(Julie ou la Nouvelle Héloïse, I, 30):* «Detesto más las malas máximas que las malas acciones.» Y aquí te pido, lector, bondad de enjuiciamiento. Ni quien escribe estas *palabras mendicantes* es un literato al uso, ni tampoco es de los que escrutan en su biblioteca las obras de los clásicos: Marco Aurelio, Gracian, Pascal, La Rochefoucauld, Montaigne, Mazarino, Gómez Dávila… Atención que ha desbordado en los últimos tiempos el género literario para llegar hasta el séptimo arte. La cinematografía, por ejemplo, de Frank Capra, John Huston, Willy Wilder, Woody Allen, Paolo Sorrentino… Los frutos son, en esta ocasión, evidentemente meno-

res. Me conformaría, como recordaba Pierre Cabanne *(Conversaciones con Marcel Duchamp)*, al hilo de una desfavorable opinión vertida por el crítico Robert Lavel, con recibir poco más que la franciscana contestación por parte del iconoclasta artista francés: «Mírese como se mire, es una máxima estupenda. ¿La puso en su libro? Pues está muy bien.» ¡Denle pues una oportunidad a este esforzado *ready-made*!

Por otro lado, tampoco tengo especial fe en los devocionarios, aunque como aquí, preñado de preocupaciones religiosas, sea laico. Antoine Caritat, Marqués de Condorcet, lo había apuntado con clarividencia: «Nada es más común que las máximas de la humanidad y de la justicia; nada es más quimérico que proponerlas a los hombres para que adecúen a ellas su conducta». *(Réflexions sur l'esclavage des nègres)*. Este manual antropomórfico, que adopta la silueta de un camaleón acechante, se ha limitado a soltar la pegajosa lengua y atrapar las volanderas palabras que alcanza.

Con todo ello, hay dos recurrentes acompañantes a lo largo de la presente obra que no terminan de despedirse nunca: el sentido de la vida y la razón de la muerte. La primera, más que comprensible. Decía Albert Camus, que «no hay un problema filosófico más verdaderamente serio… Juzgar si la vida vale la pena vivirla o no ser vivida, es respon-

der a la cuestión fundamental de la filosofía» *(Le mythe de Sisyphe)*. La segunda, no exenta de angustia. Ni siquiera los bellísimos versos de San Juan de la Cruz, acompañando nuestros pasos tras la Criatura por «los bosques y espesuras plantados por la mano del Amado» *(Cántico Espiritual*), sirven para tranquilizar un ánimo que ha perdido no pocas veces el sosiego. Y con ellos los actores de la obra: Dios, el Diablo y el Hombre.

Finalizo, nunca más obligado, por agradecer el buen hacer de la profesora Mª Paz Matesanz, tan competente como solícita a revisar una y otra vez estas obsesiones literarias. Al excelente pintor asturiano Jorge Jovino quien, con unos grabados tan expresionistas, como no narrativos, ha sabido dar forma a algunas de sus máximas y aforismos. A Paloma Schüller, siempre generosísima, desde hace tantos años, en las no menos importantes tareas de la intendencia de todo libro. A mi mujer María Teresa, a los profesores Enrique Arnaldo Alcubilla, Antonio Gómez Arellano y David Ortega Gutiérrez, y al letrado del Tribunal Constitucional, Carlos Díez Lirio, que tuvieron la paciencia de releer estas páginas. Al Presidente del Tribunal Constitucional, Francisco Pérez de los Cobos, contrastado aforista y buen amigo por sus sugerencias. Y a mi querido Joan Tarrida, director de Galaxia Gutenberg, animador, desde un primer instante, de esta publicación.

EL PURGATORIO DE LAS IDEAS

–No permitas que el tiempo de las dudas sea mayor que el de tus actos.

–«En este momento, no estoy en condiciones de volver» (*Epitafio*).

–La esencia de la vida es la imprevisibilidad. La fragilidad, su naturaleza.

–La memoria preserva la identidad. Su pérdida, nuestra trágica desaparición.

–La auténtica inteligencia es prueba irrefutable de bondad.

–Prudencia, generosidad y gobierno para todos. He aquí la tríada mágica del buen gobernante.

–Vivir es, por encima de cualquier otra consideración, convivir. Pero pocas veces un simple prefijo puede causar tanta fatiga.

–Huye tanto de dejarte doblegar, como del enfrentamiento permanente.

–La vanidad es el talón de Aquiles del hombre. La suspicacia, el de la mujer.

–Saber olvidar es imprescindible para ser feliz.

–No hay mejor vocero de uno que uno mismo.

–Las elecciones periódicas son la esencia de la democracia, pero pueden dificultar la adopción de medidas tan necesarias como impopulares.

– «*Nos debemos*» (expresión escuchada en el *Convento de los Dominicos en Santo Domingo,* en la capital de la *República Dominicana*), que anuda el compromiso y el afecto recíprocos.

–Si dejas a la mujer la ordinaria administración, no te preocupe atribuir al hombre el presuntuoso gobierno.

–No te desazone la caída, pues te brinda la oportunidad de levantarte y andar de nuevo.

–En Política, tan importantes son las decisiones, como el tiempo en que se toman.

–La regla es la simplicidad, y la complejidad, la excepción. El mundo tiene, pues, fecha de caducidad.

–Si piensas que el sol reconforta más que la luna, acuérdate de los sueños.

–¡Cómo anhelas gobernar a los demás, si no eres capaz de gobernarte a ti mismo!

–Un caballero –¡que me disculpen los atletas!– jamás hace deporte.

–El hombre es moderno. La mujer, contemporánea.

–La insaciable curiosidad es la causa última de la ciencia.

–Todas las transiciones son siempre difíciles. Las periódicas revoluciones así lo atestiguan.

–La limitación del poder debe ser irrenunciable, pero es especialmente obligada en momentos de dificultades. El fantasma de la dictadura se hace particularmente patente en tales casos.

–La generosidad de juicio es característica del hombre bueno.

–La urdimbre de la vida es la vida misma. Lo demás, por mucho que sea su interés, no es más que filosofía sobre la propia vida.

–El inconformismo es presupuesto ineludible de superación, pero puede convertirse en obstáculo insalvable, si se erige en tozudez.

–El hombre descubre, la mujer crea.

–La infinitud y la eternidad son realidades inaprensibles para el hombre. No hay más forma de acercamiento que la fe. Y no sin enormes dificultades.

–El mal carácter es la violencia verbal de los dominantes.

–El ojo de Dios en la Tierra es la conciencia de cada uno.

–La longevidad tiene tanto de explícito canto a la vida, como de implícita asunción de la muerte.

–La maldad dispone de brazos largos, pero los de la bondad son robustos.

–El tiempo y el espacio conforman, arrinconada la religión, la teología moderna del científico.

–No digas lo que puedes hacer. ¡Hazlo!

–Sólo alcanzarás el poder si lo anhelas por encima de todas las cosas, y aun así…

–Estar enamorado es estar poseído por el otro.

–El Derecho sin justicia no es más que un burdo disfraz del poder.

–Si te atormenta la vida, ¡qué sucederá cuando te aceche la muerte!

–No hay peor infierno que la negación de uno mismo.

–La lascivia no se puede describir. ¡Se siente!

–La bondad es discontinua: a veces, toma un respiro. La maldad, en cambio, no ceja nunca.

–Si te acuestas con el diablo, ya no serás nunca libre para levantarte.

–La envidia es la absurda postergación de uno y el necio deseo de ser otro.

–Si la paz no es justa, no es paz, sino impuesta servidumbre.

–Tanto el desarrollo de la inteligencia, como la aparición del amor, disfrutan, aun siendo tan distintas, de un origen común: ¡tener tiempo!

–Sólo se vive una vez, pero se viven muchas y diferentes vidas.

–La vanidad desbocada nos troca en cómicas caricaturas.

–El arrojo de blandir la espada (en guerra) sólo es superado por el coraje de enfundarla (en paz).

–La prudencia es signo de conocimiento. La templanza, de distinción.

–El deber facilita la convivencia. El poder, el conflicto.

–Nada hay más estéril que la queja impenitente, ni más ridículo que la satisfacción continua.

–La maternidad es la manera más eficaz de burlar a la muerte.

–La inmoderación en la lisonja es un insulto a la inteligencia. Si halagas en demasía, menosprecias la inteligencia de los demás.

–La verdad es el indicio por excelencia.

– La naturaleza, por este orden, sorprende y amedrenta, entretiene y satisface.

–La ciencia puede desunir. El arte, nunca.

–El hombre trata vanamente de ordenar un mundo inestable.

–Hasta el ideal más noble requiere en ocasiones de artimañas y tretas para su consecución.

–El hombre tiende más a la concordia que a la violencia. Pero casi siempre vive en conflicto.

–La primera razón para escribir es la vanidad.

–El Derecho va ligado al más fuerte. La Justicia, a la verdad y los valores.

–Poner nombre a la realidad es el acto de supremacía humana por excelencia.

–Te afanas en defender tu hacienda a sangre y fuego, pero al seductor le entregas ingenuamente hasta el corazón.

–No serás feliz, sin saber aceptarte como eres.

–El arte apela al espíritu común del hombre.

–No hay mayor pulsión que la del coleccionista, ni mayor desazón que la de su fracaso.

–Siempre que vendes una cosa, enajenas parte de ti.

–Si no te detienes a ver, jamás podrás mirar. El ojo también precisa de tiempo.

– El dolor provoca sufrimiento, pero no es menor el desconcierto que ocasiona.

–Guíate por el cerebro, pero actúa por olfato.

–Gobernar es saber decir «no».

–El alma del arte pertenece a la magia y su corazón, al trance.

–La mayor prueba de estupidez es el endiosamiento. ¡Y además, se nota!

–El panteísmo es la religión del que busca. El Cristianismo, de quien ya ha encontrado.

–Las matemáticas, tan puras, crean la ilusión de sentirnos racionales.

–Mentir es reprobable, pero decir la verdad puede constituir una catástrofe.

–Atender al poderoso es signo de realismo. Reparar en el humilde es testimonio de grandeza.

–Piensa mal, y quizás acertarás, pero no podrás ser feliz.

–Si renuncias a la dignidad, perderás el respeto de los demás.

–La educación es comedida. El refinamiento, exagerado.

–El político disgrega, el estadista aglutina.

–La mayor distinción de un ciudadano es ser considerado un patriota, un héroe cívico.

–El dolor es un incisivo ariete que pone a prueba la mismísima dignidad del hombre.

–Para el creyente la muerte es un hasta después. Para el ateo, un adiós. Mientras, en el zaguán, el agnóstico no sabe si despedirse o no.

–No pidas a los demás sino lo que puedan darte.

–¡En el arte el hombre se asemeja a Dios!

–El fútbol constata el arraigo de endogámicas y enfrentadas tribus.

–Las dificultades muestran las debilidades, pero engrandecen las virtudes.

–La democracia es la manera más satisfactoria de convivir en el desencuentro.

–Primero, asume tus errores. Después, ensalza tus logros.

–El parsimonioso ritmo con que el hombre mejora es la agonía diaria de Dios.

–La clarividencia no es tanto un don innato, como una consecuencia del saber.

–No hay mayor soledad que la del liberal.

–La verdad es difícil, pero duradera. La mentira, efímera, pero fácil.

–Los jóvenes se sienten indemnes, pero los cementerios están plagados de cadáveres.

–El tiempo es quien atribuye dignidades de verdad. El último y gran repartidor de laureles.

–Sorpréndete sin temor, pero no te asombres nunca en público.

–Lo responsable es votar lo que crees, ¡pero lo divertido es hacerlo contra alguien!

–Sin la presencia de Dios la vida es un desvarío. No hay patrón, ni ruta.

–Europa es una unión de mercaderes con pretensiones de señorío.

–No digas a los demás lo que no deseas escuchar.